

ADOLPHE GESCHÉ

# LA TEOLOGÍA

Edición preparada por  
PAULO RODRIGUES

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2017

Tradujo de los textos originales en francés  
Mercedes Huarte Luxán

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2017  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563  
ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1966-0  
Depósito legal: S. 172-2017  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de Paulo Rodrigues .....	9
PÓRTICO. ELOGIO DE LA TEOLOGÍA .....	13
Un elogio del olvido .....	14
Elogio de la teología .....	17
Un elogio del futuro .....	21
Un elogio de la vida .....	26
1. LA TEOLOGÍA Y LOS DESAFÍOS DE SU TIEMPO .....	29
1. Tres edades que nos precedieron .....	30
2. La situación cultural de hoy .....	43
3. Nuestra era .....	52
Conclusión .....	70
2. EL DIOS DE LA BIBLIA Y LA TEOLOGÍA ESPECULATIVA .....	71
1. El lugar del discurso teológico sobre Dios .....	71
2. La posición del teólogo ante el Dios de la Biblia .....	72
3. El programa de la teología especulativa ante el Dios de la Biblia .....	76
4. Posibilidades de realización de este programa .....	91
3. DEL DOGMA COMO EXÉGESIS .....	105
1. Racionalidad de lo universal .....	106
2. Racionalidad de la Escritura .....	109
3. Racionalidad de la contingencia .....	118
4. Racionalidad del <i>logos</i> .....	122
5. Racionalidad del dogma .....	136

4. LA MEDIACIÓN FILOSÓFICA EN TEOLOGÍA .....	145
1. La antigua alianza y sus dificultades .....	146
2. Una alianza renovada y sus promesas .....	151
5. TEOLOGÍA DE LA VERDAD .....	165
1. Fenomenología teológica de la verdad .....	166
2. Práctica teológica de la verdad .....	170
3. Teoría teológica de la verdad .....	176
4. Teo-logía de la verdad .....	183
5. Trascendencia teológica de la verdad .....	187
<i>Bibliografía de Adolphe Gesché</i> .....	195
<i>Cronología</i> .....	205

# PRESENTACIÓN

PAULO RODRIGUES

«La teología, ‘ciencia de las demasías’ (E. Jünger), es la búsqueda más propia de la verdad. Invita a contemplar el nacimiento de esta bajo la égida de un *exceso*»<sup>1</sup>. Así explicita Adolphe Gesché la idea que tiene de la teología, que se configura como un cuestionamiento hasta el límite sobre Dios, el hombre y el mundo.

Uno de los elementos más originales de su propuesta teológica es pensar las cuestiones fundamentales que interpelan al hombre desde la «transgresión» o «turbulencia semántica» que supone la idea de Dios. Ciertamente, la reflexión secular puede pensar el mundo sin la idea de Dios; tampoco necesita de Dios para ofrecer una explicación inmediata de la realidad. Sin embargo, cuando el teólogo introduce el *argumentum Dei* en el conjunto de los argumentos humanos, aporta una inteligibilidad sorprendentemente original y enriquecedora, que abre posibilidades ilimitadas al pensar humano y lo lleva más allá del horizonte de la pura inmanencia. En este sentido, el «exceso» que incorpora la idea de Dios en el pensar, ayuda a que el ser humano pueda descifrarse desde una Alteridad a la que él mismo remite desde su origen. Convencido de que ninguno de los saberes es ajeno al ejercicio de la teología, Gesché convoca a la literatura, al arte, a la filosofía y a las ciencias humanas para pensar «en exceso» las realidades «inexactas» de Dios y del hombre.

Desde esta lógica, la teología se propone al mismo tiempo como una hermenéutica de Dios y como una antropología de revelación. Si la teología comprendida como hermenéutica *de* Dios es, en primer lugar, un discurso racional del hombre sobre Dios (genitivo objetivo), ella propone al mismo tiempo una comprensión de Dios a partir de una revelación *de* Dios (genitivo subjetivo), y en

1. A. Gesché, *El mal. Dios para pensar* I, Salamanca <sup>3</sup>2010, 10.

este sentido el discurso teológico es en su origen respuesta a una «llamada» que la precede. Se entiende entonces que la teología pueda comprenderse a sí misma como discurso de segundo orden, ya que estructuralmente remite a un *Logos* que la precede y que le otorga su fundamento.

En cuanto hermenéutica del hombre desde Dios, la teología puede ser definida como una antropología de revelación, un discurso que revela el hombre al hombre en la fe. Si esto es verdad, la cuestión del hombre no es menos teológica que la cuestión de Dios. Por tanto, al introducir el *argumentum Dei* en el discurso antropológico, la idea de Dios no solo no «aplasta» al hombre bajo una explicación totalizante o un fundamento absoluto, sino que se descubre como una invitación inesperada a esclarecer lo visible por lo invisible (*per invisibilia ad visibilia*).

Ahora bien, la teología tiene el deber de hablar del hombre sin perder ni un ápice de rigor, es decir, según una formalidad propia, elaborando metodológicamente un discurso acerca de «el-hombre-que-habla-de-Dios-en-la-fe». Su esfuerzo debe centrarse en pensar a Dios para pensar al hombre, en interpretar al hombre a partir de un Dios al cual el hombre está constitutivamente referido. Y sin embargo, la teología no puede dejar de verse a sí misma como ciencia inexacta, porque acepta con humildad que no puede superar la inadecuación persistente entre su discurso y las realidades que, infatigablemente, trata de explicitar. En este sentido, la teología se propone como una hermenéutica infinita de Dios y del hombre, bajo la luz que le aporta la Revelación (*sub lumine fidei*).

Ojalá que estas palabras introductorias animen al lector a adentrarse en estos textos repletos de amor a la teología. Al reunirlos en un volumen, nos mueve la presunción de que el genial teólogo de Lovaina hubiera terminado incorporando en su serie *Dios para pensar*<sup>2</sup> un libro semejante al que el lector tiene en sus manos.

Abre nuestra selección, a modo de pórtico, el bellissimo discurso que Gesché pronunció con motivo de su jubilación. En él se condensa lo esencial de su pensamiento sobre la vocación teológica.

2. La serie *Dios para pensar* se compone de siete títulos, que forman una peculiar dogmática cristiana. Por orden de aparición, son los siguientes: *El mal* (1993), *El hombre* (1993), *Dios* (1994), *El cosmos* (1994), *El destino* (1995), *Jesucristo* (2001) y *El sentido* (2003). Todos ellos están publicados en Ediciones Sígueme.

Los cinco capítulos que articulan el volumen desarrollan distintos aspectos de la epistemología teológica, sin pretender constituir un discurso sistemático y exhaustivo.

Una cronología del genial pensador y una bibliografía que permite apreciar la evolución de los temas que le ocuparon lo largo de medio siglo de reflexión, cierran este homenaje a la teología con mayúsculas.

En todo caso, la fecunda y original obra de Adolphe Gesché es el mejor testimonio de lo que llenó su existencia: «Ma passion ce fut Dieu, je n'ai pas d'autre mot pour la dire».

Los textos que integran este volumen tienen orígenes muy diversos. Así, *Elogio de la teología* fue escrito como última lección pronunciada en 1996 en la Facultad de Teología de la Universidad de Lovaina. Apareció como artículo en la *Revue théologique de Louvain* 27 (1996) 160-173.

*La teología y los desafíos de su tiempo* es una conferencia pronunciada en el encuentro de profesores de religión organizado por la Universidad de Lovaina la Nueva. Vio la luz como texto ese mismo año en el volumen C. Focant (ed.), *L'enseignement de la religion au carrefour de la théologie et la pédagogie*, Louvain-la-Neuve 1994.

*El Dios de la Biblia y la teología especulativa* recoge la conferencia dictada el 29 de agosto de 1974 en el marco de las XXV Jornadas bíblicas de Lovaina, que llevaban por título «La noción bíblica de Dios».

*Del dogma como exégesis* corresponde a la comunicación presentada en la Universidad de Lovaina La Nueva, el 6 de octubre de 1989, durante el Coloquio «Exégesis y teología», en homenaje al profesor Joseph Pouthot.

*La mediación filosófica en teología* forma parte de la Miscelánea dedicada al profesor Albert Dondeyne, Louvain-Gembloux 1974, 75-91.

*Teología de la verdad* fue publicado como artículo en la *Revue théologique de Louvain* 18 (1987) 187-211.



PÓRTICO

## ELOGIO DE LA TEOLOGÍA

*¡Encomion theologiae!* Recuperar para la teología el género literario del elogio, que inventó un día Gorgias para ensalzar a Elena y que, antes de Maurice Merleau-Ponty y su *Elogio de la filosofía*, había retomado Erasmo en su *Encomion moriae*, «elogio de la locura». ¿Qué mejores auspicios podemos invocar (sobre todo el último), si es cierto que la teología debe conservar algo de locura para ser razonable? ¿Y por qué hacer un elogio? Tal vez porque la teología posee una de las claves que nuestro tiempo desea oscuramente. ¿En qué sentido?

No estoy seguro de que el siglo XXI, como ansiaba Malraux, vaya a ver tan fácilmente el regreso de Dios o de los dioses. Creo, más bien, con Ernst Jünger, que esto solo sucederá un poco más tarde o más lentamente. De lo que sí estoy seguro es de que el siglo XXI será teológico (igual que será filosófico, como presagian algunos signos manifiestos) y preparará *así* el regreso de Dios. Me gustaría decir, por tanto, con el citado pensador, que «para el teólogo comienza una época que no es buena, pero es grande»<sup>1</sup>. No es buena, porque ya no hay evidencias. Pero sí grande, porque hay una expectativa y un reto que deberían alentar a quien se siente llamado a prestar este servicio a la humanidad. «Se han conjuntado todas las condiciones previas, incluidos el peligro y la soledad»<sup>2</sup>: ese peligro que hace de la vida un hermoso riesgo (Platón), y esa soledad (por otra parte muy relativa) que acompaña inevitablemente al que lucha por una verdad olvidada, pero de la que presiente que a su alrededor vuelven a pedirle que hable.

1. E. Jünger, *Le mur du temps*, Paris 1994, 310.

2. *Ibid.*

## UN ELOGIO DEL OLVIDO

¿Y qué vemos? Un olvido, una desaparición de Dios. Ya no, como antaño o como hasta hace muy poco, una negación o un rechazo o la muerte de Dios, sino algo así como una borradura<sup>3</sup>. «Un mundo que se ha ido de Dios», dice Émile Poulat<sup>4</sup>. O a mi modo de ver: «Un Dios que se ha ido del mundo», como de puntillas, hasta perderlo de vista. Me viene a la mente esa imagen del cineasta Andréi Tarkovski, en la que un tren se interna por un largo túnel y vemos desaparecer sus luces en la curva, como un cometa que hubiera invertido su curso. El término mismo de Dios se vuelve ausente, obsoleto, como si se hubieran perdido su sentido y su sonoridad. Como sin darnos cuenta, nos hemos deshecho de un saber, hemos «desinventado» a Dios.

Esta situación, absolutamente nueva, tiene algo de momento histórico. No se puede negar ni eludir. El teólogo, el pastor y el creyente deben mirarla de frente; y, sobre todo, no deben precipitarse a dar respuestas apresuradas y falsamente tranquilizadoras. «Hace falta tiempo para ser sincero, es decir, para saber expresar de manera adecuada todo lo que se piensa y todo lo que se siente»<sup>5</sup>.

Asumir una situación hasta el final y cueste lo que cueste, es el precio de la lucidez, pero también una oportunidad para la sinceridad o la honestidad. «Solo puede ser actual un cristianismo que contemple (o sea, que mire de frente), porque la lleva inscrita, su propia negación»<sup>6</sup>.

Por mi parte, para pensar esta situación nueva, hablo de un olvido de Dios. Igual que Heidegger habla de un olvido del ser en metafísica; Maimónides, de un olvido del tiempo en filosofía; Levinas, de un olvido de la creación en teología; y aquí de un olvido

3. «El 'Dios se retira' de Léon Bloy da cuenta mejor de la gran mutación que el 'Dios ha muerto' de Nietzsche» (E. Jünger, *Les nombres et les dieux*, Paris 1995, 129).

4. E. Poulat, *L'ère postchrétienne. Un monde sorti de Dieu*, Paris 1994.

5. Louise Angélique de Lalive de Jully, condesa de Vintimille (1763-1831), era asidua al salón de Madame Pauline de Beaumont, en la parisina rue Neuve du Luxenburg, donde se reunían personajes de la cultura y la política como D'Alambert, Diderot o Chateaubriend. Allí conoció a Joseph Joubert (1754-1824), funcionario del Estado y prototipo de elegancia, introspección y romanticismo [N. de la T.]. Esta cita corresponde a una carta dirigida por Joubert a madame Vintimille en 1820.

6. L. Pareyson, *Esistenza e persona*, Genova 1985, 12.

de Dios en antropología. Es como si Dios hubiera desaparecido de la memoria del hombre y no se supiese muy bien cómo ni por qué. La palabra «Dios» ya no viene a hacer su morada entre nosotros, ya no se encuentra entre los suyos.

Sin embargo, y al mismo tiempo, este olvido parece no haber alterado lo más mínimo un profundo yacimiento, una capa del ser que sigue presente y que se expresa a través del deseo de volver a ver claro. Es, quizá, una de las oportunidades, paradójica, del olvido; su «otro lado», su otra cara. Sin duda se trata de algo distinto a una ignorancia o una ausencia de saber<sup>7</sup>. Puede ser fuente de conocimiento. ¿No consistía en eso la epistemología de Platón, para quien «toda búsqueda debe primero des-cubrir, sacar del olvido»<sup>8</sup>? Aunque sin retornar a nostalgias arcaicas, que llevarían por otra parte y de inmediato a un olvido peor y definitivo. Pensamos aquí en un olvido que nos invite a buscar lo que oculta en su recuerdo, en el que se trataría de traer a la memoria, de hacer surgir lo que está oculto bajo el olvido<sup>9</sup>, eso que el olvido entierra y cuyo sentido nos gustaría volver a visitar. Lo que hay que oír y descifrar es «el rumor de lo inexpresable»<sup>10</sup>, de lo olvidado.

Porque en la actualidad hay también un profundo deseo de salir de dudas; hay precisamente rumores, un «rumor de Dios», según dicen los sociólogos. Como si, en ciertos momentos, el mundo quisiera volver a escuchar a la fe. Rumores que, a mi entender, significan y piden muy exactamente lo siguiente: que las palabras de la fe vuelvan a ser inteligibles. Justamente esto es, por otra parte, lo que revela la razón profunda del olvido y de la desaparición de Dios: que las palabras de la fe se han vuelto ininteligibles, provocando una situación que el hombre no puede soportar. Y es que «el hombre de la calle es como la pitonisa de Delfos: sus juicios son profundos, pero necesitan ser explicados»<sup>11</sup>.

Esa será, en mi opinión, la tarea de la teología en este amanecer del siglo XXI. Dicha tarea posibilitará después (si el hombre lo de-

7. Cf. J.-L. Chrétien, *Lo inolvidable y lo inesperado*, Salamanca 2002.

8. *Ibid.*, 38.

9. «Recordar» se dice en francés *se souvenir*, que literalmente significa «subvenir», «venir abajo», lo cual permite aquí un juego de palabras imposible de reproducir en español [N. de la T.].

10. A. Frenaud, *Gloses à la sorcière*, Paris 1995.

11. E. Jünger, *Le mur du temps*, 292.

sea) redescubrir a Dios, cuando la teología haya conseguido primero que se vuelvan a oír las palabras de la fe. *Intellige ut audiat*. Pero para ello esta teología deberá realizar un paciente trabajo. Si no, surgirán por doquier las sectas o los movimientos que buscan la restauración o el consuelo. «Es el momento de la búsqueda, de las grandes migraciones y las grandes marchas, de los verdaderos y de los falsos profetas, de los campamentos y las acampadas, de las vigilias solitarias»<sup>12</sup>. Evitemos los campamentos improvisados y escojamos las vigilias sin urgencias.

En este sentido, la teología tendrá que hacer esperar a Dios, para que se establezcan primero aquellos conceptos que precisamente permitan su llegada. ¡La renuncia a la inteligencia no forma parte de los votos religiosos! Habrá que aceptar la paciencia de los conceptos. Cualquier otro intento (y los hay excelentes e indiscutibles, y que deben proseguirse sin dilación, como los de una ética y una práctica según el Evangelio) resultará, más tarde o más temprano, insuficiente. El fervor (¿por desgracia?) no sustituye a la inteligencia. En la *metanoia* que pide el Evangelio no hay solo la valentía de una conversión moral; hay también una valentía intelectual (*meta-noia* remite a *nous*). La valentía, al igual que el respeto a Dios y al hombre, está también en este esfuerzo austero de una teología que quiere responder al verdadero desafío intelectual de su tiempo. Las cosas de la fe tienen necesidad de la previsión racional. Dios tiene necesidad de nuestros conceptos para ser inteligible. El teólogo no juega a los dados.

Contra cualquier dimisión intelectual (y también para que las costumbres y las prácticas no terminen asfixiándose por haber perdido su sentido) necesitamos conquistas teóricas: bien repensando determinados conceptos (¿podemos, por ejemplo, retomar *sin más* conceptos como omnipotencia, omnisciencia, impasibilidad, causalidad?), bien dando paso a conceptos nuevos (como, por ejemplo, pasibilidad, vulnerabilidad, cercanía), pero a condición de acuñarlos como verdaderos conceptos. No basta, para lograr un efecto brillante y un éxito momentáneo, con hablar de un Dios que sufre o de la humildad de Dios, ni siquiera con enarbolar una palabra mágica como «kénosis».

12. *Ibid.*, 295.